

CINCO POEMAS

POR

JOAQUIN PUIG

I. RECUERDO PARA CESAR VALLEJO

*Si cae —digo, es un decir—, si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a dejar de crecer!*

CÉSAR VALLEJO

Levanto la losa que cubre tu memoria:
el dolor (seguimos cojeando
a pesar de que tú nos quisiste,
a nosotros, los niños que nacimos
después de que tú murieras y de que acabara todo aquello),
la alegría,
los desastres, los triunfos,
las últimas hojas caídas,
lo único que poseo:
lo que mantengo, lo que ansío,
lo que rompo, lo que os entrego
pidiendo perdones, sin ilusión,
sabiendo que son póstumos.
Acercó mis manos
a tu rostro de niño engañado,
de niño viejo,
de niño lloro,
de niño derribado a golpazos...
Tú resbalaste por París
y por todas las noticias del mundo,
contemplaste bulevares con castaños,
milicianos con cosas que enseñar,
mujeres que ya nunca miran hacia arriba,
madres intransferibles pero igualmente lejanas,
obreros representando al mundo en su trabajo...
Y nadie supo qué pasaba
cuando mirabas y luego no decías nada,

o cuando pasabas tus manos por los mapas;
y cuando llorabas en una jofaina rota,
¿César Vallejo, qué pasaba?
Yo amo tu alma pacífica,
tu perfil caóticamente tierno,
tus ojos hondos que perdiste
un día en que amabas y no supieron de ti,
tu pelo, tu paraguas con el que eras dichoso -
si hacía sol,
tu mascarilla, donde ya no sonreías,
tu mano universal, americana,
española con dolor, dura cuando cogía un pan...
César Vallejo, los niños del mundo,
los de entonces, estamos llorando mucho de ti...

II. EL ENFERMO

Cuando el aire se extiende
y no hay preguntas,
el cuerpo enferma de distancia;
cuando quisieras saber
qué hay detrás de ese cansancio
que tú mismo eres, que te compone
y te aniquila para nadie,
que te distingue ya desde hace tiempo,
todos tus órganos se callan
dejando solo al cerebro;
hasta nunca te estás quedando quieto...
Cuando piensas que te lavas con tristeza,
que tienes pereza de tu cuerpo,
que te duelen los ojos cuando piensas,
que sonríes cuando escupes a tu sombra
y quisieras olvidar lo que te cuesta,
que te duele el vientre,
que estás solo,
que por qué dura tanto si es tan simple,
que ya no comes y eres joven...
Cuando te duele mucho lo pasado y ya no lloras,
piensas que más vale acabar
y el cansancio, tal vez (consuélate), se habrá acabado.

III

Hemos ido comprendiendo
los significados de la tierra,
la exactitud
de una historia,
las oscuras mentiras
en que se cimenta
el silencio y la muerte de nuestros hermanos.
No todos saben aún
que el alba no se concede
a los que la piden,
sino a aquellos que logran borrar la noche
y no conceden
—con crueldad incluso—
ni un respiro
a los mercaderes del ocio
y del engaño.
Yo os aseguro
—a vosotros que no me creéis—
que un mundo
donde las flores sean de aquellos que no las conocen
será creado
y sólo entonces
habrá palabras de realidad
y belleza.

IV

Liamos un cigarro
ante la mesa ancha de la cocina,
y empezamos a relatar la exacta versión
de lo sucedido,
nuestras cosas,
las olorosas ilusiones,
los sucesos incoloros,
la interminable sucesión de furias y sonidos;
algo que nace de su propio esfuerzo
y muere como futura, reciente simiente
ante la oscuridad y el desamparo.

Fumamos un cigarro
ante la mesa ancha de la cocina,
ante la gran tierra,
ante el cerrado dolor de nuestra gente
—dije nuestra y es mentira—
y fuimos recordando el pasado próximo,
el recién muerto presente,
los mazazos inconexos,
la rabia,
el odio violento
ante la fuerza de la opresión
y del miedo.
Acabamos callando
ante la mesa ancha de la cocina
después de fumarnos un cigarro,
mientras un gato nos miraba,
inmóvil, desde encima del fogón
y no maullaba.

V

Salgo esta noche
en que tiemblan los árboles,
hoy,
que duele tu cuerpo
y que, para entendernos, digo:
«Tu recuerdo es hondo»...
voy pisando las piedras del camino.
No es que quicra volver,
ni pido al tiempo
que hiele mis ojos
o resucite tus manos,
solamente salgo esta noche,
que es honda
y de la que no quisicra volver.

Joaquín Puig
Serrano, 66
MADRID-1